

GEISEL, EL GENERAL TECNOCRATA

ES uno de los diez mejores cerebros del Ejército brasileño: el general Ernesto Geisel, nuevo Presidente del Brasil, disfruta en Río de una envidiable reputación. Sesenta y cinco años, físico austero, este hijo de emigrantes alemanes luteranos ha sido designado sustituto del general Emilio Médici al acabar el mandato de éste. Designado, más que elegido, por un colegio electoral de parlamentarios y notables regionales nombrados por la Junta. Para salvar las apariencias democráticas, la Junta había animado al único partido de oposición legal, el docilísimo MDB (Movimiento Democrático Brasileño), para que presentase a su candidato, Ulysses Guimarães. Pero en su campaña, este gran burgués liberal confesó no tener ningún programa preciso: lo único que proponía era humanizar el régimen.

El precio de un «milagro»

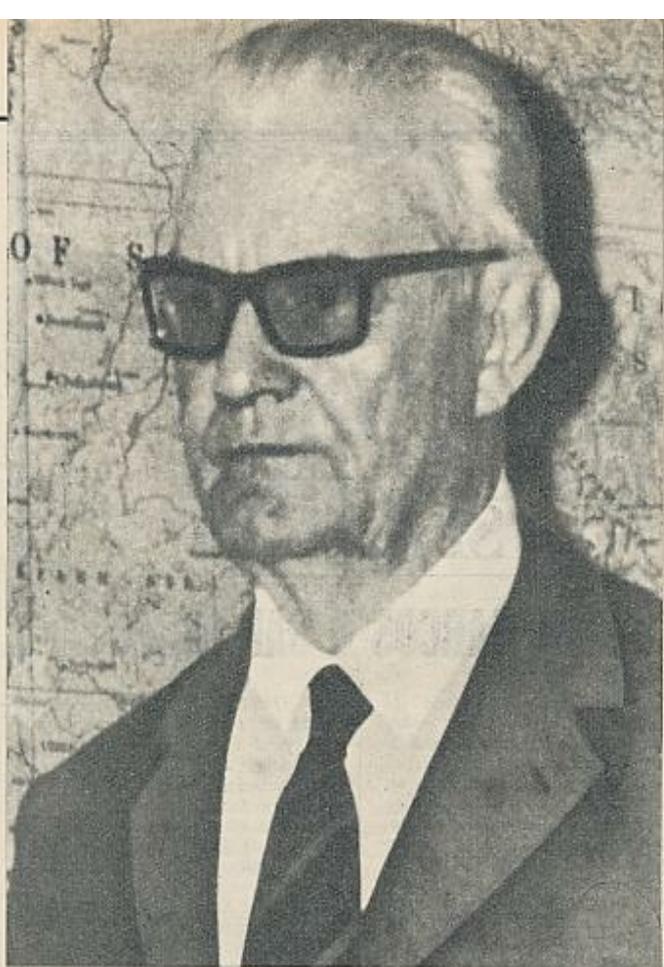
El nuevo general-presidente es un tecnócrata. Hizo una brillante carrera militar, y últimamente ocupaba la dirección de la mayor empresa brasileña, la Petrobras (monopolio estatal del petróleo), donde ha dejado constancia de sus grandes dotes de administrador. Los medios nacionalistas se congratulan de su acceso al poder. Se confía en que el general desarrollará el sector nacionalizado. Los medios liberales, por su parte, esperan que restablezca, al menos en parte, la normalidad constitucional y abroque la famosa acta número 5, que concede al ejecutivo poderes ilimitados. Esos medios liberales recuerdan que Geisel no ha sido jamás un ultra y olvidan su severidad cuando ocupó el cargo de juez en el Tribunal militar encargado de los delitos políticos. Un hecho preocupa, sin embargo: su elección del general Do Couto e Silva como hombre de confianza. Couto e Silva, conocido como el «general Silencio», fundó en 1964 el servicio nacional de Seguridad. En aquel momento era uno de los hombres más temidos del Régimen. Posteriormente sería nombrado presidente de la rama brasileña de la Dow Chemical.

El nuevo Presidente del Brasil y su brazo derecho tienen, pues, probada experiencia en el campo de la administración de empresas. ¿Sabrán administrar ahora este famoso «milagro» que algunos sueñan con erigir en modelo de desarrollo? Brasil conoce, en efecto, desde hace diez años un boom sin

precedentes en la historia de los países subdesarrollados. Continuamente se construyen rascacielos, y ya no sólo en los grandes centros de Río, Sao Paulo o Belo Horizonte, sino en pleno corazón de la Amazonia, en Manaus, en medio de las elegantes mansiones edwardianas o en los puertos hormigueros de actividad de Belem, Fortaleza o Recife. El índice de inflación, que era de un 100 por 100 en los primeros años de la década de los sesenta, ha descendido hasta un 16 por 100 anual, mientras que el índice de crecimiento de la renta nacional ha pasado de un 2,9 a un diez por 100. Se trata sin duda de un gran éxito económico, pero, ¿qué precio ha habido que pagar y a quién ha beneficiado?

Desde 1964, el orden reina en el país. La Junta Militar ha favorecido sistemáticamente una política de concentración industrial y financiera. Entre 1968 y 1971 desaparecen un 51 por 100 de los Bancos. Brasil cae bajo las garras de los gigantes multinacionales, cuyas inversiones se ven favorecidas por los privilegios fiscales, realmente exorbitantes. Van a la quiebra muchísimas empresas pequeñas y medianas. Consecuencia de todo ello: un agravamiento del paro en un país cuyo PNB registra un crecimiento «a la japonesa». Más aún: disminuye el poder adquisitivo de la población. La mitad de los brasileños quedan prácticamente al margen de los circuitos de la economía monetaria. El salario real de los trabajadores ha disminuido en un 45 por 100 desde 1964. Es el precio que ha habido que pagar para que la burguesía de los negocios (un 1 por 100 de la población) acumulase riquezas y las firmas internacionales pudiesen repatriar enormes beneficios.

El capital extranjero controla cerca del 75 por 100 de los principales sectores industriales y la casi totalidad de las actividades exportadoras. En las regiones rurales, decenas de millones de hectáreas han sido adquiridas por sociedades extranjeras dedicadas a la cría de ganado y a la explotación forestal. Una de esas propiedades, en la Amapa, tiene una superficie de un millón seiscientos mil hectáreas, es decir, equivale a la mitad de Holanda. Los campesinos pagan un elevado tributo al «milagro» brasileño. En el Nordeste, según el Instituto de Investigaciones Sociales de Recife, el índice de nutrición en 1970 seguía siendo inferior al de los esclavos de 1880. La reforma agraria tan sólo ha afectado a los grandes latifundios abandonados. Los otros, debido a su



enorme superficie, favorecen la concentración del capital y la utilización de modernas técnicas. Aumenta el número de obreros agrícolas sin trabajo y va a incrementarse también el de parados en las ciudades. La experiencia de instalación de grandes fábricas modernas en la región ha provocado un gran desconcierto entre las pequeñas industrias locales y ha contribuido al aumento del paro.

Un gigante que inspira temor

Esta política sólo ha sido posible gracias a un poderoso aparato represivo. No existe prácticamente el derecho de huelga. Los sindicatos, tras haber sufrido una fuerte depuración por parte del Ejército, están hoy estrechamente controlados. La Policía Secreta está omnipresente. Desde 1968, en particular, han sido encarceladas y torturadas o asesinadas millares de personas. Y si en la actualidad el número de víctimas es menos elevado que hace tres años, es porque la resistencia armada ha quedado prácticamente aniquilada.

Pero el aumento del paro y la limitación del poder adquisitivo suponen una amenaza para el «milagro» brasileño. Porque sólo entre un 15 y un 20 por 100 de la población están en condiciones de aprovecharse de ese milagro: el resto de la producción deberá exportarse a cualquier precio. Tanto más cuanto que el país tiene una enorme deuda exterior (en 1972 fue de diez mil millones de dólares) y que únicamente el servicio a esta deuda representa el 30 por 100 de las exportaciones actuales. A pesar de los esfuerzos de la clase

dirigente, éstas siguen estando representadas en parte por materias primas y por productos alimenticios para los países industrializados. Solución alternativa: conquistar los mercados de los países vecinos de Latinoamérica. Pero el gigante brasileño inspira temor. Se le acusa de imperialismo económico y de injerencia política en los asuntos de otros países. Sabida es su contribución al establecimiento de los regímenes fascistas en Bolivia, Uruguay y Chile. Es la plasmación de la idea brasileña de «esfera de seguridad». Incluso el grandioso proyecto de la Transamazónica, que atravesará al país en dirección de Este a Oeste y tendrá una longitud de 4.000 kilómetros, suscita desconfianza. Esta autopista, que permitirá el desarrollo de una de las regiones más salvajes del mundo, pasará junto a las fronteras de seis países: las tres Guayanas, Venezuela, Colombia y Perú. Y muchos temen que esta carretera pueda ser utilizada un día para fines estratégicos en caso de levantamiento revolucionario en uno de esos países que el Brasil considera como parte integrante de su «espacio vital».

Dependiendo casi exclusivamente de capitales extranjeros y condenado a extender su área económica a expensas de sus vecinos, el nuevo Gobierno brasileño no tiene prácticamente otra solución que continuar la política del precedente. Por otro lado, a fin de «mantener el clima de continuidad y estabilidad social indispensable para la marcha ascensionista del país», el general Geisel se ha declarado dispuesto a «aplastar con rapidez y de manera ejemplar la mínima veleidad de subversión o corrupción». ■ KENIZE MOURAD.